



## **RAFAEL PALMERO RAMOS OBISPO DE ORIHUELA-ALICANTE**

### **«EN EL CORAZÓN DE MARÍA NO HAY MÁS QUE MISERICORDIA»**

Las palabras que encabezan este escrito, tomadas de san Juan María Vianney, definen perfectamente el misterio de amor que envuelve a la Madre del Señor. Por amor a Dios, María respondió con prontitud y generosidad al requerimiento del ángel Gabriel, portador de la noticia de su elección para ser Madre del Salvador. Con amor de Madre, María acogió en sus brazos al niño en Belén, que dejaría después el hogar de Nazaret para anunciar el Reino de Dios. Nosotros, confiados en el amor de una Madre que no se cansa de esperar, caminamos igualmente de su mano hasta llegar a la Casa del Padre. No ha de extrañarnos, por tanto, que la Madre de Aquél cuyo corazón es manso, humilde y misericordioso, muestre hacia nosotros esa misma misericordia. Tenía razón el santo cura de Ars: «En el corazón de María no hay más que misericordia».

Clausurado recientemente el Año Sacerdotal que Benedicto XVI abrió en junio de 2009, a los 150 años del *dies natalis*, es decir, de la muerte y nacimiento a la vida bienaventurada de san Juan María Vianney, comparto con vosotros una reflexión sencilla de este gran sacerdote, enamorado de la Virgen: «El corazón de esta buena Madre no es más que amor y misericordia, no desea más que vernos felices. Sólo hay que inclinarse hacia ella para ser atendido». He aquí la clave de nuestra devoción a María: hemos de inclinarnos para ser atendidos, porque sólo quien se humilla será ensalzado (cf. Lc 1,52), mientras que el soberbio es apartado de la presencia del Señor (cf. Sal 138,6). ¿Podríamos acercarnos a pedir la ayuda de tan buena Madre si

no aceptamos, como Ella, nuestra condición humilde, sabiéndonos pecadores y necesitados del perdón y de la misericordia de Dios?

En María, flor escogida del jardín de Dios, se complace la Trinidad Santísima, y de la Trinidad brota la vida cristiana para quienes, al contemplarla, tratamos de imitar este ejemplo: «He aquí la esclava del Señor» (Lc 1,38), Él «ha mirado la humildad de su sierva» (Lc 1,48). Hace tres años, Benedicto XVI explicaba a los jóvenes que «Dios aprecia en María la humildad, más que cualquier otra cosa... Nuestro pensamiento va naturalmente a la Santa Casa de Nazaret, que es el santuario de la humildad: la humildad de Dios, que se hizo carne, se hizo pequeño; y la humildad de María, que lo acogió en su seno. La humildad del Creador y la humildad de la criatura. De ese encuentro de humildades nació Jesús, Hijo de Dios e Hijo del hombre...»<sup>1</sup>.

Aquella joven nazarena supo ser, día a día, madre en la humildad y sencillez del hogar. Supo educar al Hijo, fruto del Espíritu Santo, que crecía en el anonimato de una pequeña aldea; soportó el dolor por la marcha del Hijo único, que predicó en Palestina la Buena Noticia; sufrió con Él en su Pasión, lo acompañó en el momento de su agonía... «El título de Madre de Dios – explica Benedicto XVI– es el apelativo fundamental con que la comunidad de los creyentes honra desde siempre a la Virgen santísima. Expresa muy bien la misión de María en la historia de la salvación. Todos los demás títulos atribuidos a la Virgen se fundamentan en su vocación de Madre del Redentor, la criatura humana elegida por Dios para realizar el plan de la salvación, centrado en el gran misterio de la encarnación del Verbo divino»<sup>2</sup>.

En nuestra sociedad tan competitiva, «al humilde se le considera un abandonista, un derrotado, uno que no tiene nada que decir al mundo. Éste es, en cambio, el camino real, y no sólo porque la humildad es una gran virtud humana, sino porque constituye el modo de actuar del mismo Dios... El

---

<sup>1</sup> BENEDICTO XVI, *Homilía*, 2 de septiembre de 2007.

<sup>2</sup> BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 2 de enero de 2008.

camino de la humildad no es un camino de renuncia, sino de valentía. No es resultado de una derrota, sino de una victoria del amor sobre el egoísmo y de la gracia sobre el pecado. Siguiendo a Cristo e imitando a María, debemos tener la valentía de la humildad; debemos encomendarnos humildemente al Señor, porque sólo así podremos llegar a ser instrumentos dóciles en sus manos, y le permitiremos hacer en nosotros grandes cosas»<sup>3</sup>.

María guardaba todo en su corazón. También José, su esposo, siempre a la escucha de Dios y dispuesto a proteger del peligro a la familia de Dios. José fue el hombre justo, que amaba profundamente a Dios y sabía leer los acontecimientos desde la mirada divina –«la mirada de Dios no es como la de los hombres»–. José nos enseña el valor del trabajo en su justa medida, como instrumento en favor de la propia familia, sin ponerlo por encima de ella. «Todo cristiano, es mi experiencia contrastada, que contempla al José de los evangelios, se siente moldeado e interpelado como otro José de Nazaret. El auténtico servidor de Cristo, el verdadero santo, es siempre una “vida escondida con Cristo en Dios” (Col 3,3)»<sup>4</sup>. María y José viven con sencillez y humildad, permaneciendo al margen de los triunfos de su Hijo, sin obstaculizar su misión salvadora.

En el mes de octubre ocupa un lugar de honor el rezo del santo rosario, una devoción tan arraigada en nuestros pueblos y ciudades y cuyo rezo tanto bien ha hecho y sigue haciendo en las familias y comunidades cristianas. Una práctica piadosa que debemos, sin duda, a los dominicos, pero que también promovieron con entusiasmo sus *hermanos mendicantes*, los franciscanos. No es casual, por ello, que la fiesta de Nuestra Señora del Rosario y la de san Francisco estén tan próximas.

Quedan atrás los días en que este tipo de religiosidad, humilde y sin complicaciones teológicas, se miraba con cierta prevención e incluso recelo. Y, sin embargo, lo sencillo es, muchas veces, lo más hermoso. Y todos

---

<sup>3</sup> BENEDICTO XVI, *Homilía*, 2 de septiembre de 2007.

<sup>4</sup> RAFAEL PALMERO RAMOS, *San José, ayer y hoy*, Monte Carmelo 2010, 19.

sabemos que la hermosura, la belleza puede llevarnos dulcemente a Dios con la ayuda de estas devociones tan identificadas con la tradición religiosa de un pueblo. En efecto, la religiosidad popular, «cuando está bien orientada, sobre todo mediante una pedagogía de evangelización, contiene muchos valores. Refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer. Hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe... Engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, devoción... Bien orientada, esta religiosidad popular puede ser cada vez más un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo<sup>5</sup>.

Tened a la vista la humildad de María, siempre dispuesta a cumplir con prontitud y alegría la voluntad de Dios. Fijaos en el ejemplo silencioso y aleccionador de san José. A ellos les pido, con devoción y confianza, que nos acerquen a todos al corazón misericordioso de su Hijo, y que nos enseñen a amarlo y seguirlo por el camino del Evangelio y la meditación de los misterios del santo rosario.

A handwritten signature in black ink, starting with a cross symbol and the name 'Rafael' in a cursive script.

✠ Rafael Palmero Ramos  
Obispo de Orihuela–Alicante

---

<sup>5</sup> PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 48.